

SERIE **Perry Mason**

ERLE STANLEY GARDNER

**EL CASO
DEL OJO DE
CRISTAL**



Un caso para el abogado más célebre de la historia.

«El maestro de los escritores de misterio.»

The New York Times

AHORA UNA SERIE EN **HBO**
ESPAÑA


ESPASA

ERLE STANLEY GARDNER

EL CASO DEL OJO
DE CRISTAL

Traducción de Albert Fuentes



Título original: *The Case of the Counterfeit Eye*

© Erle Stanley Gardner, 1935

© por la traducción, Albert Fuentes, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2020

ISBN: 978-84-670-6043-0

Depósito legal: B. 13.410-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

PERSONAJES PRINCIPALES EN ORDEN DE APARICIÓN

PERRY MASON: Abogado que tuvo que hacer de detective, limpiar ventanas y jugar de manera desesperada a la gallinita ciega.

DELLA STREET: Su secretaria de confianza.

PETER BRUNOLD: Quien perdió el ojo en circunstancias bochornosas y no quiso una copia falsa.

PAUL DRAKE: Detective privado de sonrisa burlona que lograba resultados perdiendo horas de sueño.

BERTHA McLANE: Una mujer trabajadora que cargaba con una cruz.

HARRY McLANE: Hermano de la anterior y joven desfalcador cuya cruz eran las puñaladas por la espalda.

HARTLEY BASSET: Prestamista que quería recurrir al ojo por ojo y tuvo que conformarse con un ojo de cristal inyectado en sangre.

ARTHUR COLEMAR: Su contable con ojos de búho.

SYLVIA BASSET: Amilanada esposa de Basset que sembró un revólver y cosechó una celda.

JAMES OVERTON: Espía y chófer de Basset.

DICK BASSET: El exaltado hijo de Sylvia, heredero putativo de Basset y paladín de su madre.

HAZEL FENWICK: Golpeada por un asesino, aparcó el coche de Perry Mason delante de una boca de incendios y desapareció sin dejar rastro.

INSPECTOR HOLCOMB: Adversario de Mason de omnipresente ineptitud; policía obsesionado con lo trivial y descuidado con lo sustancial.

HAMILTON BURGER: El fiscal del distrito, honesto pero tenaz.

THELMA BEVINS: Una jovencita famélica con un trabajo sin igual que se ganó el sueldo con el sudor de su frente.

JUEZ WINTERS: Quien quedó en ridículo pero se lo tomó con deportividad y una sonrisa.

1

Perry Mason volvió la espalda a la luz de la mañana que entraba por las ventanas de su despacho y torció el gesto al ver las cartas pendientes de responder que se acumulaban sobre el escritorio.

—Odio la rutina de la oficina —dijo.

Della Street, su secretaria, levantó la vista. En su mirada profunda y tranquila se adivinaba un brillo risueño. Le dirigió una sonrisa benévola.

—Por lo que veo —comentó ella—, resuelves un asesinato y ya te apetece enfrentarte a otro.

—No tiene por qué ser un asesinato —respondió Mason—. Pero no me vendría mal un buen combate frente a un jurado. Me gustan esos juicios espectaculares por asesinato en los que la acusación hace estallar una bomba debajo de mi silla y, mientras voy dando tumbos como un pelele por el aire, voy pensando en cómo caeré de pie cuando aterrice... ¿Qué me dices de ese tipo con el ojo de cristal?

—Se llama Peter Brunold y te espera en el antedespacho. Le he dicho que seguramente delegarías su caso en

un pasante. Él me ha contestado que o lo recibes tú o se larga.

—¿Qué pinta tiene?

—Unos cuarenta años, con una buena mata de pelo negro y rizado. Tiene un aire distinguido y parece haber sufrido en la vida. Al verlo pensarías que es un poeta. Hay algo curioso en su expresión, algo conmovedor y sensible. Te caerá bien, pero, si me lo preguntas, creo que es el tipo de hombre que podría tenerte entretenido, un soñador, un romántico capaz de cometer un crimen pasional si se viera empujado a ello por las circunstancias.

—¿Se le nota el ojo de cristal? —preguntó Mason.

—Yo no se lo he notado —respondió ella, negando con la cabeza—. Siempre creí que podría distinguir un ojo artificial cuando lo viera, pero no me he dado cuenta de que Brunold es tuerto.

—¿Qué te ha dicho sobre su ojo?

—Me ha contado que tiene un juego completo de ojos: uno para la mañana, otro para la tarde, uno un poco irritado, otro...

Mason se golpeó con el puño en la palma de la mano. Le brillaban los ojos.

—Llévate todas estas cartas, Della —le ordenó—, y haz pasar al hombre del ojo de cristal. Me he partido la cara en impugnaciones de testamentos, en juicios por calumnias e injurias, en casos de adulterio, en reclamaciones por daños y perjuicios, pero te juro que nunca me he tropezado con un tipo con un ojo de cristal en toda mi carrera. Así que no voy a desaprovechar la oportunidad. Hazlo pasar.

Della Street sonrió y desapareció con sigilo tras la puerta que conducía a la salita donde los clientes que de-

seaban ver personalmente a Perry Mason tenían que esperar su turno. La puerta volvió a abrirse al cabo de un momento.

—El señor Peter Brunold —anunció Della, poniéndose muy derecha y dejando lucir su delgadez junto al umbral.

Brunold pasó con gesto decidido por su lado y, tras atravesar el despacho, le tendió la mano a Perry Mason.

—Le agradezco que haya accedido a recibirme en persona —dijo.

El abogado le estrechó la mano y lo miró con curiosidad a los ojos.

—¿Sabe cuál es? —preguntó Brunold.

Al ver que Mason le respondía sacudiendo la cabeza, Brunold sonrió y se sentó en la silla, inclinándose hacia el escritorio.

—Sé que está ocupado, de modo que voy a ir al grano. Mi nombre completo, domicilio, trabajo y demás señas personales ya obran en poder de su secretaria, así que no voy a hacerle perder el tiempo con ello. Empezaré por el principio y se lo contaré todo. No tardaremos demasiado. ¿Sabe algo sobre los ojos de cristal?

Perry Mason volvió a negar con la cabeza.

—Bueno, entonces voy a contarle algo. Fabricar un ojo de cristal es un arte. En Estados Unidos hay tan sólo trece o catorce personas que sepan hacerlos. Un buen ojo de cristal es indistinguible de un ojo natural si la órbita no está dañada.

—Puede mover los dos ojos —comentó Mason, después de observarlo un momento.

—Claro que los muevo. Mi órbita está intacta. Conserve en torno a un noventa por ciento del movimiento

natural. En fin —prosiguió—, los ojos van cambiando durante el día. Las pupilas son más pequeñas de día que de noche. A veces a uno se le irritan los ojos. Lo cual puede ocurrir por muy variados motivos. Un viaje largo en coche, trasnochar o emborracharse. En mi caso, suele ser por beber más de la cuenta. Soy muy cuidadoso con mi ojo. Se lo digo porque es usted mi abogado. Y a mi abogado tengo que contarle la verdad. Si no lo fuera, me mataría antes que contarle que soy tuerto. Entre mis amigos más cercanos nadie lo sabe.

»Tengo media docena de ojos, algunos son simples duplicados, otros son para ocasiones concretas. Encargué uno inyectado en sangre. El fabricante hizo un trabajo excelente. Lo usaba cuando estaba de resaca, después de una noche de juerga.

—Continúe —dijo Mason, asintiendo lentamente.

—Pues bien, alguien me lo ha robado y ha dejado una falsificación en su lugar.

—¿Cómo está tan seguro?

Brunold soltó un bufido.

—¿Que cómo estoy tan seguro?! —exclamó—. ¿Usted no se daría cuenta si alguien le robase el perro o un purasangre y se lo cambiara por un chuchó o un jamelgo? Pues eso.

Brunold se sacó un estuche del bolsillo y abrió la tapa. Contenía cuatro prótesis oculares encajadas en compartimentos de cuero.

—¿Siempre lleva eso encima? —preguntó Mason con curiosidad.

—No. A veces me guardo un ojo de repuesto en el bolsillo. Tengo un bolsillo en el chaleco con un forro de gamuza, para que no se raye. Siempre que salgo de viaje

me llevo este estuche de cuero. Si no, lo dejo en la cómoda de mi dormitorio.

Brunold extrajo entonces un ojo de cristal y se lo dio al abogado. Mason lo sostuvo en la palma de la mano y lo observó con gesto pensativo.

—Un trabajo muy meticuloso —opinó.

—En absoluto —repuso Brunold—. Es un trabajo lamentable. La pupila está un poco deformada. La silueta del iris es irregular. Los colores no están bien combinados y los capilares son demasiado rojos. Cuando fabricas un ojo irritado, los capilares han de tener un tono amarillento... Mire este otro y verá un trabajo bien hecho. Como es obvio, este ojo inyectado en sangre no se parece en nada al primero que le he dado. Se nota que lo ha fabricado un experto. Puede apreciar la diferencia. Los colores son naturales. La mezcla de tonalidades está mejor resuelta. La pupila no se ve deformada.

Mason estudió los dos ojos y asintió con aire absorto.

—¿Este ojo no es suyo? —preguntó, tocando el ojo irritado con el índice.

—No.

—¿Dónde lo ha encontrado?

—En mi estuche.

—¿Insinúa usted que la persona que le robó el ojo irritado lo sustrajo de este estuche e introdujo en su lugar esta falsificación?

—Así es.

—¿Por qué iba a hacer alguien eso?

—Eso es precisamente lo que quiero averiguar. Por eso he venido aquí.

El abogado levantó una ceja en un gesto de incredulidad.

—¿Aquí? ¿Para averiguarlo?

Brunold entrecerró los ojos hasta convertirlos en dos ranuras. Entonces bajó la voz y comentó:

—Supongamos que alguien me robó el ojo para perjudicarme.

—¿Qué quiere decir?

—No hay dos ojos iguales. Muy pocas personas tienen los ojos exactamente del mismo color. Las prótesis, cuando están bien hechas, son piezas de un estilo tan reconocible como pueda serlo un cuadro de un pintor famoso. Supongo que me sigue. Imaginemos que seis artistas pintan el mismo árbol. Todos los cuadros se parecerán al árbol, pero habrá algo distinto en cada uno que nos permitirá saber qué artista lo ha pintado.

—Continúe —dijo el abogado—. Cuénteme el final de esta historia.

—Supongamos que alguien que quería perjudicarme robó uno de mis ojos y dejó en su lugar uno falso. Supongamos que se cometió un crimen, un robo o, quizá, un asesinato, y ese alguien dejó mi ojo en el lugar de los hechos. ¿Verdad que sudaría para demostrarle a la policía que no estuve allí?

—¿Cree que la policía podría identificar su ojo? —inquirió el abogado.

—Por supuesto. Si hicieran bien su trabajo, podrían relacionarlo conmigo enseguida. Un experto en prótesis oculares podría identificar al fabricante, porque reconocería de inmediato el trabajo de artesanía. Entonces, la policía se pondría en contacto con el fabricante y le mostraría el ojo. El tipo hace tiempo que trabaja para mí. Le echaría un vistazo y diría: Pete Brunold, número 3902 de Washington Street.

Mason lo escudriñó con gesto concentrado.

—¿Cree usted que alguien dejará su ojo en la escena de un crimen? —le preguntó arrastrando las palabras.

Brunold dudó un momento antes de agachar la cabeza despacio en gesto de asentimiento.

—¿Y quiere usted que me ocupe del problema? —preguntó el abogado.

Brunold volvió a asentir.

—¿Un asesinato del que usted es culpable o inocente?

—Inocente.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Tendrá que fiarse de mi palabra.

—¿Y qué quiere que haga por usted?

—Podría enseñarme alguna estrategia para escapar de esta ratonera. Usted es abogado penalista. Sabe cómo trabaja la policía, cómo piensan los jurados, cómo preparan los casos los inspectores.

Mason se meció lentamente en su gran silla giratoria.

—¿Ese crimen ya se ha cometido? —preguntó—. ¿O se cometerá en breve?

—No lo sé.

—¿Estaría dispuesto a pagar mil quinientos dólares por una estrategia que le salve el pellejo?

—Eso dependerá de lo buena que sea —respondió Brunold midiendo las palabras.

—Creo que es buena.

—Tiene que ser mejor que buena. Tiene que ser perfecta.

—Creo que es perfecta.

Brunold sacudió la cabeza y replicó:

—No existe la estrategia perfecta. No paro de darle

vueltas. Me he pasado media noche en vela intentando encontrar una solución. Y no la encuentro. Si la policía hace lo que le he dicho, podrá identificar el ojo. Es decir, no se trata sólo de que demuestre que soy inocente después de que lo identifiquen. Lo que necesito es que la policía no pueda identificarlo.

Mason apretó los labios y asintió despacio.

—Creo que le entiendo —dijo.

Brunold sacó quince billetes de cien dólares de su cartera y los desplegó sobre el escritorio de Mason.

—Ahí tiene mil quinientos dólares —dijo—. ¿Cómo lo arreglaremos?

Mason le devolvió el ojo inyectado en sangre, se metió el otro en el bolsillo, recogió los billetes y los dobló. Luego le dijo lentamente:

—Lo importante es qué ojo encuentra la policía primero. Si es el suyo, investigarán y lo identificarán, tal y como usted me ha explicado. Si encuentran otro ojo antes, también intentarán identificarlo. Y lo mismo harán si después descubren un segundo ojo. Entonces, cuando al final encuentren su ojo, darán por sentado que es de la misma persona que los otros dos.

Brunold parpadeó rápidamente.

—Vuelva a explicármelo —pidió.

—Si lo piensa un poco, entenderá lo que digo —comentó Mason despacio—. El problema que tenemos con su ojo es que se trata de una pieza de muy buena calidad. Es una obra de arte. Usted mismo lo sabe, porque es un experto en la materia. La policía, en cambio, no lo sabrá, a menos que ocurra algo que les haga fijarse en ello.

El rostro de Brunold se iluminó de pronto.

—Quiere decir que pretende... —Brunold no terminó la frase.

—Eso es justo lo que quiero decir —respondió Mason asintiendo con la cabeza—. Por eso he fijado la tarifa en mil quinientos dólares. Este asunto me supondrá algunos gastos.

—A lo mejor podría ahorrarle una parte...

—Usted no se enterará de nada.

Brunold le tendió la mano y le dio un enérgico apretón.

—Madre mía —dijo—. ¡Qué inteligente! Es usted inteligente como el mismo diablo. No se me había ocurrido, y eso que he estado toda la noche dándole vueltas.

—¿Mi secretaria tiene su dirección?

—Sí, es el 3902 de Washington Street. Tengo un pequeño almacén. Vendo repuestos de automóvil: anillos de pistones, juntas de culata y ese tipo de cosas.

—¿Es usted el dueño o trabaja para alguien?

—Soy el dueño. Me harté de trabajar para otros. Fui viajante durante muchos años. Me desplazaba en trenes destartados y me destrocé el estómago comiendo mal sólo para que unos listillos que se quedaban en casa y eran dueños del negocio se forraran a costa de mi trabajo.

Le guiñó el ojo de cristal con un gesto expresivo.

—Esto me lo hice en un accidente de tren en 1911. Todavía se me ve la cicatriz que tengo en este lado de la cabeza. Me dejó fuera de combate. Estuve dos semanas en el hospital y tardé un mes en volver a saber quién era. Sufrí amnesia. Ese accidente me destrozó un ojo y me arruinó la vida.

Mason asintió con gesto comprensivo.

—Muy bien, señor Brunold. Si ocurre algo, póngase

en contacto conmigo. Si no me encuentra en el despacho, llame a mi secretaria, Della Street, y hable con ella. Tiene toda mi confianza y está al corriente de los asuntos de los clientes que acuden a mí.

—¿Sabrá mantener la boca cerrada? —preguntó Brunold.

Mason se rio.

—Ni torturándola podrían arrancarle una palabra.

—¿Y con dinero?

—Imposible.

—¿Y con halagos? ¿Y si alguien la seduce? Es una mujer, y muy atractiva, por cierto.

Mason sacudió la cabeza al tiempo que lo miraba con ojos amenazadores.

—Ocúpese de sus asuntos —dijo—, que yo me ocuparé de los míos.

Brunold echó a andar hacia la puerta por la que había entrado.

—Mejor salga por aquí —le indicó Mason—. Esta puerta lleva directamente al pasillo del edificio...

Mason se quedó a media frase cuando el teléfono de su línea particular empezó a sonar con insistencia. Se llevó el auricular al oído. Era Della Street.

—Jefe, acaba de llegar una tal Bertha McLane. La acompaña su hermano pequeño, Harry McLane. Están muy nerviosos. Se niegan a revelarme el motivo de su visita. Se nota que ella ha llorado, y su hermano trae cara de pocos amigos. Diría que la cosa promete. ¿Quieres verlos?

—De acuerdo —respondió Mason—. Los atenderé dentro de un minuto. —Y colgó.

Brunold, que estaba saliendo ya por la puerta, se volvió y dijo:

—Me he olvidado el sombrero en el antedespacho. Tendré que salir por allí.

Se dirigió entonces hacia el antedespacho y de pronto se puso rígido.

—Hola, Harry —saludó—. ¿Qué demonios se te ha perdido por aquí?

Mason cruzó el despacho en cuatro rápidas zancadas, cogió a Brunold del hombro de la chaqueta y tiró de él para hacerlo retroceder.

—Espere aquí —dijo—. Está en el bufete de un abogado. Esto no es un club social. No voy a permitir que mis demás clientes lo vean ni que los vea usted a ellos.

Entonces, asomó la cabeza por la puerta y ordenó:

—Della, haz el favor de traerle a este hombre su sombrero.

Cuando Della Street entró con el sombrero de Brunold, Mason le pidió con un gesto que cerrara la puerta.

—¿A quién ha saludado? —le preguntó a Brunold.

—A nadie importante. El pequeño de los McLane —respondió él intentando fingir indiferencia.

—¿Lo conoce?

—No demasiado.

—¿Sabía que él iba a venir a mi despacho?

—No.

—¿Sabe él por qué ha venido usted?

—No.

—Entonces ¿por qué se ha quedado usted lívido?

—¿Me he quedado lívido?

—Sí.

—Pues no sé por qué. Ese joven no significa nada para mí.

Mason le apoyó la mano en el hombro.

—En fin —dijo—, puede irse por esta puerta... Madre de Dios, ¡está usted temblando como un flan!

—Sólo estoy un poco nervioso —respondió Brunold, desembarazándose de Mason y lanzándose hacia el pasillo—. Ese joven, McLane, no significa nada para mí, pero al verlo he recordado ciertas cosas que...

Brunold salió al pasillo y cerró de un portazo, dejando la frase inacabada. Perry Mason se volvió entonces hacia Della.

—Ponme inmediatamente con Paul Drake —pidió—, de la agencia de detectives Drake. Haz esperar a esos dos hasta que haya podido verlo. Dile que venga por el pasillo y que llame a la puerta. Yo le abriré.

Della volvió al antedespacho y dijo a la pareja que esperaba:

—El señor Mason está ocupado, pero los recibirá dentro de unos minutos.

Perry Mason se encendió un cigarrillo y empezó a deambular con gesto pensativo por el despacho. Seguía caminando cuando oyó que llamaban a la puerta que daba al pasillo. Abrió y con un gesto de la cabeza hizo pasar a un hombre alto y de ojos vidriosos en cuyo rostro se dibujaba una mueca burlona.

—Pasa, Paul —dijo—. Y presta atención. No te lo vas a creer.

El abogado se sacó del bolsillo el ojo de cristal que Brunold le había dado y se lo pasó a Paul Drake. El detective lo examinó con curiosidad.

—¿Sabes algo sobre los ojos de cristal, Paul?

—No mucho.

—Pues vas a aprender la tira en estos días.

—Vale, dispara.

—Ve al hotel Baltimore, pide una habitación y busca en la guía telefónica a alguien que se dedique a la venta al por mayor de prótesis oculares. Llámalo. Dile que eres un comerciante que está de visita en la ciudad y que tienes un cliente que quiere media docena de ojos inyectados en sangre basados en el ojo que vas a enviarle por mensajero. Dale un nombre falso. Di que vienes de una ciudad cercana y que acabas de empezar en el negocio.

»El mayorista tendrá varios ojos en el almacén. No serán tan buenos como los que hacen los expertos por encargo. Por lo que he averiguado, la diferencia de calidad es como la que hay entre un traje a medida y uno barato de unos grandes almacenes. Pero el mayorista puede copiar este ojo y luego inyectar en sangre los duplicados.

—¿Inyectar en sangre los duplicados? ¿A qué te refieres? —preguntó Drake.

—Añadir venitas en torno al iris. Las hacen con vidrio rojo. Te lo harán enseguida si creen que vas a ser un buen cliente en el futuro. Dales esa impresión. Hazlos creer que eres un distribuidor nuevo de una ciudad de provincias.

—¿Cuánto van a costarme esos ojos?

—No lo sé. Supongo que entre diez y doce dólares la pieza.

—¿No prefieres que me presente en el taller y negocie en persona?

—No. No quiero que puedan ponerte cara. No quiero que puedan localizarte. Inscríbete en el hotel con un nombre inventado. Ése es el nombre que le darás al mayorista. Y procura pasar desapercibido. No dejes demasiada propina a los botones del hotel. Tampoco seas tacaño. Simplemente compórtate como un cliente normal, de

esos de los que nadie se acuerda si alguien empieza a indagar más adelante.

Drake miró con recelo al abogado.

—¿Crees que alguien me vigilará? —preguntó.

—Es probable.

—¿Voy a saltarme alguna ley, Perry?

—Nada que no pueda arreglar yo.

—Vale. ¿Cuándo quieres que vaya?

—Ahora mismo.

Drake se metió el ojo en el bolsillo, asintió y se encaminó a la puerta mientras Perry Mason cogía el teléfono para llamar a su secretaria.

—Muy bien, Della. Ahora veré a la señorita McLane y su hermano.